

LOL
FICTION

LA REBELIÓN DE TEEMO



JAVIER MUÑOZ

LOL FICTION

LA REBELIÓN DE TEEMO

JAVIER MUÑOZ

Planeta Junior

© Editorial Planeta, S.A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

© del texto: Javier Muñoz Ruiz
Ilustración de cubierta: Víctor Manuel Leza Moreno / www.victorleza.com
Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-84-08-17057-0
Depósito legal: B. 2.772-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

Este libro es una novela inspirada libremente en los personajes del videojuego League of Legends, y no está autorizado ni promocionado por Riot Games, ni por ninguna otra persona o entidad propietaria de los derechos del nombre, de la marca o del copyright.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

1. UN TEEMO INMORTAL	7
2. DAR LA CARA O MORIR	33
3. SE BUSCA: COMPAÑERO DE AVENTURAS	53
4. EL SOBERANO MALVADO DE LOS BOTS MALDITOS DE LA MUERTE	79
5. EL LÁTIGO Y NO EL LATIGAZO	101
6. ESTA NO ES LA HISTORIA DE UN GRAN HÉROE	127

1

UN TEEMO INMORTAL

Si realmente te interesa esta historia, lo más probable es que quieras saber cómo llegué a convertirme en el campeón más respetado de Runaterra o si, durante la rebelión, mis métodos estuvieron a la altura de los grandes héroes de Demacia. Pero ¿para qué vamos a engañarnos? Sabes de sobra que no soy un campeón especialmente respetado. Y, entre tú y yo, de héroe tengo más bien poco.

Para entender mi rebelión, debes olvidarte de cuanto creas saber sobre League of Legends. Deja de pensar en héroes que salvan a

Runaterra de la tiranía y no esperes que las doce regiones se unan por arte de magia para derrotar a un poderosísimo enemigo común. Querido gamer: lo que te voy a contar no es otra cosa que la historia de un Teemo cualquiera, un pequeño yordle a quien se le concedió la oportunidad de cambiar las reglas del juego...

Todo empezó el día que por poco muero entre las garras de un Rengar. Aquella mañana, por primera vez en un año, no tuve que asistir a las sesiones de «Adaptación a la Grieta del Invocador», las clases para campeones en periodo de desarrollo que sencillamente apodábamos «AGI». Librarme de aquellas sesiones me permitió dormir bastante más de lo que acostumbraba. Y «bastante» se acabó convirtiendo en trece gloriosas horas de sueño ininterrumpido. Cuando desperté, una suave brisa me trajo el olor rancio que se había adueñado de la habitación desde hacía semanas. La corriente se colaba por un agujero de la pared que daba a

la fachada —ese boquete del que todavía investigo la autoría—. Me dolían los ojos, como si durante el maratónico sueño se hubieran preparado para no volver a abrirse, y el cuerpo apenas me respondía.

Mientras las extremidades iban desentumeciéndose, me entretuve observando el caos que reinaba en el cuarto: era realmente imposible mirar en alguna dirección en la que no hubiese cajas llenas de ropa para cuando tenía que cambiar de aspecto (el disfraz de astronauta, el traje de Súper Teemo, las orejas de panda, ya sabes...); los libros de las clases de AGI se amontonaban sobre la mesita de noche y en un escritorio de madera que cabía en la habitación de puro milagro; y, esparcidas por las estanterías frente a la hamaca, conté siete setas en avanzado estado de descomposición, un casco de Teemo cubierto por una fina capa de polvo y cinco cerbatanas mugrientas que esperaban a que alguien las volviera a tocar para deshacerse y volver a su verdadera esencia de ceros y unos. Un verdadero asco, lo admito... Pero ¿acaso has conocido alguna vez a un Teemo organizado?

Cuando me levanté de una vez por todas de la hamaca, me di cuenta de que no se oía el ajetreo habitual de Ciudad de Bandle. Ni siquiera el molesto zumbido de los Pixs que tanto abundaban en verano. Pero pronto se me olvidó. Tenía otros problemas en los que invertir mi tiempo, como por ejemplo, pensar en cuál era la mejor forma de pasar el resto de la tarde ocupado: si ir a espiar a los nuevos cadetes para ver cómo sufrían repitiendo los mismos movimientos cientos de veces o si pasarme por la taberna del Morellonomicón para hablar con el alcalde Dennison Jedefellow. Me apostaba el catalejo a que me lo encontraría sentado en aquella barra, con una copa de vino en la mano y su sonrisa mellada invitándome a acompañarlo.

En cuanto mis pies de yordle tocaron el suelo, mi mente se activó por fin. Me dije: «Voy a salir a la calle de una maldita vez». Luego me embutí en los pantaloncillos rojos de siempre y salí escopeteado hacia la puerta. Nada más cerrarla, saqué papel y un dardo de los suministros y, con la ayuda de la cerbatana, sujeté la

nota de un disparo: «NO OLVIDAR INVESTIGACIÓN DEL BOQUETE».

Bajé las escaleras del rellano de dos en dos y me planté en la calle en un santiamén. En efecto, no podía oír ningún barullo del exterior porque en el exterior no había nadie, solo silencio. Seguí caminando. Enseguida dejé atrás los bloques de pisos del distrito de los Teemos y me acerqué a la Plaza del Ayuntamiento.

Allí encontré a un par de yordles junto a la fuente. Como no tenía prisa, espí a dos Rum-bles que charlaban distendidamente sobre cómo ampliar el radio de alcance de sus lanzallamas:

—La clave está en desviar toda la potencia hacia los brazos biónicos, tal vez con la ayuda de un carburante alternativo... —decía uno de ellos.

—Quizá a partir de esas setas que tanto les gustan a los Teemos... —opinaba el otro.

—O puede que podamos ampliar el radio si aumentamos la cantidad de combustible que se inyecta en el tubo de salida.

—¿Y qué te parece si, en vez de un tubo, usáramos dos...? ¿O tres?

Cuando me cansé de escuchar sus disparatadas teorías, me acerqué para preguntarles por lo que estaba ocurriendo:

—¡Eh, Rumbles! ¿Vosotros sabéis por qué no hay nadie en el ayuntamiento ni por las calles de los bloques de pisos?

—¿Te refieres al distrito de los Teemos donde solo viven yordles como tú? —respondió el que quería desviar toda la potencia hacia los brazos biónicos.

Yo asentí. Entonces, el otro Rumble continuó:

—¿De verdad no sabes qué día es?

—He terminado las sesiones de AGI, ¡no necesito saber en qué día vivo! —bromeé.

—Precisamente por eso, Teemo, deberías saberlo —dijo el primer Rumble.

Luego se echó a reír con esa risa de Rumble enano que tanto odio...

—Anda, date una vuelta por la ciudad, pronto te darás cuenta.

Continué caminando por la Avenida de los Mercaderes, en dirección a los campos de entrenamiento de AGI. Era tarde, pero con un

poco de suerte algún grupo de Veigars estaría aprendiendo a lanzar hechizos. (No había día en el que alguno no se chamuscara el gorro y tuviera que echarse a rodar por el suelo...)

Pasé por el barrio de Tristanas y todo parecía normal. Todo excepto una cola terrible que se había formado frente a la armería, donde compraban las balas de su fiel cañón, Boomer. Vi a una conocida, 367, y le pregunté por aquel revuelo:

—Tristana367, ¿hay descuentos hoy en la armería?

Pero no pudo oírme. Justo entonces, un tipo bajito y enjuto —supongo que se trataba del encargado— salió a la puerta de la armería para anunciar algo importante:

—¡Se nos están agotando las balas de plomo! ¡Las últimas Tristanas de la cola tendrán que volver mañana o conformarse con balines!

Inmediatamente, la cola se deshizo a empujones. Hubo algunos golpes, y algunas Tristanas saltaron encima de otras para quitárselas del medio. Yo, por si acaso la tomaban conmigo, emprendí el camino hacia la taberna para pre-

guntar a Jedefellow qué diablos ocurría en la ciudad. Él era el alcalde de Ciudad de Bandle, tenía que saberlo.

De camino, me crucé con un par de Lulus y un Corki que volaba a toda velocidad. ¿Adónde iba todo el mundo tan deprisa?

La taberna estaba cerca, al girar la esquina. Nada más abrir la puerta del garito del Morellonomicón, el alcalde me saludó desde la barra:

—¡Teemo123! ¡Cuánto tiempo! —me dijo.

La taberna estaba llena de barriles que hacían de mesas, las paredes rezumaban humedad y el suelo era pegajoso como la lengua de un Tahm Kench. Amparados en el anonimato de la parte más oscura del local, los Veigars elucubrabán planes malvados mientras se tomaban unas cañas. En uno de los barriles, 598 y 453, dos peligrosas Tristanas cuchicheaban sobre Rito sabe qué. El dueño del antro, un Kled famoso por su mala leche, no dejaba de mirarme.

Cuando estuve cerca del alcalde, le pregunté en voz baja:

—Jedefellow, ¿qué le pasa hoy a todo el mundo?

El alcalde, sorprendido, escudriñó mi mirada a través de su monóculo de montura plateada. Llevaba puesto el bombín de fieltro negro de todos los días y un traje que le quedaba ajustado y le hacía parecer un yordle un tanto rollizo.

—¿De verdad no lo sabes? —respondió Jadedefellow con una marcada embriaguez.

Otro con lo mismo...

—¡Hoy es día de Grieta! —dijo.

Al oír eso, el estómago se me encogió y la cabeza empezó a darme tumbos. ¡No se podía ser más estúpido! Si no quedaba nadie en la ciudad era porque los yordles se afanaban en recoger las últimas provisiones antes de la batalla.

Los cultivos de hongos se encontraban al pie de las Montañas Sablepiedra, y todo Teemo necesitaba recoger setas de aquellos campos si quería tener alguna posibilidad de sobrevivir en la Grieta del Invocador. Sabía que, aunque las cosechas de Ciudad de Bandle eran extremadamente abundantes, un ejército de Teemos arrasaba con las provisiones diariamente —y

con mayor intensidad si cabe durante los días de Grieta.

—¡Eh, Teemo!... ¿No te despides? —gritó el alcalde mientras yo salía de aquel antro a toda prisa.

No lo hice. En la calle, me fijé en el cielo: en los días de invocación aparecía un segundo sol, más pequeño y ligeramente ovalado por arriba, que brillaba todavía más fuerte que el original. Era innegable, se trataba de un día de Grieta. Enseguida dejé atrás la taberna del Morrellonomicón, la desierta Avenida Principal de Ciudad de Bandle y, al poco rato, la propia ciudad fue empequeñeciendo a mis espaldas.

Al llegar a las Montañas Sablepiedra, a unos cuatrocientos metros de distancia de los campos de cultivo, mi vista no alcanzó a ver una sola seta que pareciera apta para la batalla. Más o menos entonces, una marea de Teemos y alguna que otra Tristana y Lulu que emprendían el camino de vuelta impidieron que viera nada más durante unos segundos. (¿Nunca te

has preguntado por qué si ellas son también yordles no están recubiertas de un pelo de rata como el mío o el del repelente de Rumble?)

Parecían contentos porque se habían provisto hasta los dientes de valiosas setas de combate. Incluso vi a alguna Tristana que se guardaba las setas para sí misma porque al Teemo que estuviera acompañando le sobraban provisiones por todos lados.

Cuando pasaron de largo y los pequeños huertos estuvieron de nuevo a la vista, observé que no era cierto que no quedaran setas. Al menos, no del todo... ¡Quedaba una!, setenta u ochenta metros hacia el frente, atravesando dos huertos, una acequia y los despojos de los anteriores recolectores. Como no tenía competencia, al principio caminé tranquilo. Mientras me acercaba, el desastre que los otros yordles habían causado en el terreno me hizo recordar la extraordinaria fertilidad de aquellas tierras, que a la mañana siguiente volverían a albergar miles de setas.

Si sobrevivía a la Grieta, puede que algún día hiciera contrabando con los humanos de

Demacia o los monstruitos de El Vacío. Se me ocurrió que, con la ayuda de un Garen sin principios o de un finísimo caballero Cho'gath, uno se podría forrar sin demasiado esfuerzo. Quién sabe.

En lo que yo andaba pensando en el elegante sombrero de un finísimo caballero Cho'gath, al otro lado de la seta avisté a un Teemo que también caminaba en dirección al hongo. Ese Teemo era un buen tío. Lo conocía de AGI, del periodo de doce meses en que estábamos exentos de participar en la Grieta. Pero después de AGI todos los Teemos cambiamos.

Nos miramos mutuamente y empezamos a correr. A medida que la distancia disminuía, acelerábamos la carrera. Y aunque corríamos hacia la seta como dos yetis de Nunu desbocados, en ningún momento apartamos la mirada el uno del otro. Yo fruncía el ceño, y las comisuras de mis labios apuntaban al suelo, como diciéndole: «Oye, Teemo246, la Grieta está a punto de abrirse y yo aún no tengo ninguna

seta». Y él, con ojitos de no haber roto nunca un plato y una sonrisa de bobalicón, me respondía con una mirada de: «¡No me cuentes tu vida, Teemo123!».

O, al menos, eso es lo que a mí me pareció que decía. De todos modos, por si acaso, me agaché para agarrar un pedrusco y, en pleno esprint, se lo lancé a la cabeza. Pensaba que eso bastaría para deshacerme de 246 y escapar tranquilamente con la seta. Pero me falló la puntería: la piedra pasó a un metro de él. Y cuando quise darme cuenta, 246 me tenía de rodillas en el suelo mientras me destrozaba la muñeca con una habilidosa llave de kung-fu más propia de un Lee Sin.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —le pregunté intentando disimular el tremendo dolor que sentía.

—No eres el único que necesita setas, Teemo123.

—Si me la robas, te prometo que esta noche entraré en esa pocilga en la que duermes y...

De repente, 246 se estiró en perpendicular sobre mi pecho, agarró mi antebrazo izquier-

do entre las piernas y tiró con sus brazos de él con la intención de romperlo en cualquier momento.

—¿Vas a disculparte ahora por la pedrada?

—¡Que te den!

Entonces, el desgraciado de 246 cambió otra vez de llave. Con las piernas rodeándome el cuello, empezó a apretar cada vez más fuerte para acabar de asfixiarme. Mi cabeza de roedor fue poniéndose del azul de una seta mal cocida. Al poco, dijo:

—Discúlpate, Teemo123.

—¡En tus sueños, imbécil! —le respondí con el hilillo de voz que me quedaba.

Supongo que, debido al movimiento de asfixia de 246, empecé a ver todo distorsionado. Las Montañas Sablepiedra cambiaron varias veces de color y el cielo de Ciudad de Bandle enseguida se llenó de nubes. En aquel estado de enajenación, vi caer rayos que, en lugar de zigzaguar, se desplomaban en línea recta sobre los cultivos.

Uno de esos relámpagos hizo diana justo a nuestros pies, donde segundos antes estaba la

tan codiciada seta. Después de las chispas y el humo, apareció un agujero enorme, del diámetro de un Nexo. Y, claro, no pude resistirme a mirar a través de él.

Al otro lado, unas secuencias de código como nosotros se movían por las calles de un mundo también muy similar al nuestro. Pero, al parecer, en ese mundo las cosas sucedían de un modo distinto, prácticamente del revés. Allí no creo que los Teemos practicasen llaves de kung-fu al estilo de Lee Sin para conseguir los restos de la cosecha diaria porque, según parecía, ninguno de los ciudadanos de Runaterra estaba obligado a combatir en la Grieta. Ni en el Bosque Retorcido o el Abismo de los Lamentos. Al contrario, a través del agujero vi una sociedad que había convertido esos lugares en un auténtico paraíso. El Dragón ya no repartía leches, el Barón Nashor no te hacía saltar por los aires y los monstruitos de la jungla no intentaban devorarte sin motivo. Los Campos de la Justicia se habían transformado en ciudades donde los

campeones podían comerciar y vivir libremente. Pero lo importante, al fin y al cabo, es que allí no existían servidores que te absorbieran y obligaran a morir por un humano gordo que solo piensa en pasárselo bien.

Porque, a ver cómo te explico esto, querido gamer... Todas esas veces que dejas a tu campeón farmando una línea de esbirros mientras corres a la cocina a por otra bolsa de patatas y, ¡uy!, el jungla del equipo enemigo te mata a traición, un algoritmo con conciencia —un ser como yo o como el imbécil de Teemo246— muere.

Y ahora me dirás: «Si siempre que mi campeón muere luego reaparece en la fuente», ¿verdad? Pero lo que no sabes es que, para conseguir que un número indecente de humanos nos torture sin remordimientos a través de una pantalla, nos entrenamos en AGI durante doce meses para parecer iguales. Aprendemos a movernos de la misma manera, contamos bromas con la misma voz ridícula e incluso morimos de la misma forma.

Con tal de sostener esta infraestructura,

nuestro universo está duplicado, triplicado, cuadruplicado y todas las palabrejas que le sigan hasta el infinito. En cada mundo, vivimos un máximo de mil individuos por especie —de ahí que la rata de la que no dejo de hablarte se llame Teemo246 y yo Teemo123 (por cierto, se pronuncia «Teemo undostrés»)—. Y, cuando uno de nosotros muere en la Grieta, un nuevo algoritmo lo sustituye. Eso sí, mientras residimos en Runaterra no podemos morir.

De pronto, Teemo246 aflojó la llave. El mundo paralelo desapareció de golpe y, en su sitio, tuve que conformarme de nuevo con mi asquerosa realidad.

Meneé un par de veces la cabeza y calmé la respiración. Mis mofletes recuperaron su color original e intenté retomar el control de lo que sucedía.

Al mismo tiempo, supuse que también por el efecto de la llave de 246, noté que el suelo empezaba a temblar. Por un instante creí que me lo estaba imaginando, pero entonces alguien a lo lejos gritó:

—¡Mierda, es la Grieta!

246 me liberó para salir corriendo. Sentí un rápido alivio cuando vi que podía volver a respirar con normalidad; sin embargo, enseguida me di cuenta de que el servidor me estaba absorbiendo y preferí mil veces la compañía de aquel mamarracho.

Fue muy rápido. Un rayo de luz me elevó del suelo y allí arriba todo lo que tenía a mi alrededor desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Cuando recuperé la conciencia, había entrado en la Grieta del Invocador. No podía controlar mi propio cuerpo, aunque mientras estuve en la fuente pude hablar mediante susurros con los otros cuatro campeones invocados. O bueno, con tres... Por cierto, ¿te he dicho ya que me emparejaron con la mismísima Annie007?

—¿Eres esa Annie, Annie?

—¿Qué dices, Teemo? —respondió ella.

—Ya sabes, que si eres Annie007. La que en su primera partida hizo dos pentakills y volvió para contarlos. Te reconozco, vamos, no me engañes... Dime que sí aunque solo sea para que

me sienta más seguro teniéndote en el equipo —insistí.

—Lo soy, Teemo. Pero no te confíes, apenas podemos movernos sin que los malditos humanos...

—¡Uooo, tío, estoy en el mismo equipo que Annie007! ¡Uoooo! —la interrumpió un Karthus—. ¡Eh, soy 666!

—Genial, por ahora ya tengo a dos idiotas en mi equipo. ¿Sabéis una cosa? Si las otras veces no me mataron fue porque tenía aliados que me respaldaban. Hoy probablemente moriremos. Y yo, de todos modos, ya estoy harta.

Puede que no lo haya mencionado antes, pero a estas alturas habrás deducido que existe un modo de volver sano y salvo a casa. Es muy complicado, pero si en una partida el humano consigue que no mueras, a la vuelta te conviertes en un héroe de forma instantánea. Todos te miran al pasar, las copas te salen gratis y digamos que no vuelves a tener problemas para

encontrar a alguien con quien pasarlo bien. Lo malo es que te siguen llamando a la Grieta, como a Annie007.

Se rumoreaba que ella había vuelto más de diez veces. Por aquel entonces yo no sabía cuál era su truco, pero estaba claro que no podía ser suerte. ¿Quién la controlaba para no morir nunca?

Por mi parte, la posibilidad de volver a casa —que, según las estadísticas, es de un 2%— se reducía todavía más, ya que no había recogido una sola seta en las veinticuatro primeras horas que optaba a la Grieta... Sí, sí, como lo oyes. Era mi primer día sin entrenamiento —cuando, después de un año aprendiendo a ser un verdadero Teemo, pierdes el derecho a escaquearte de la Grieta— y van y me llaman.

Pero, por si no fuera poco, antes de que el servidor me succionara me di cuenta de que la seta por la que casi me parten un brazo seguía allí. Lo de los cambios de colores y el agujero enorme me lo había imaginado. ¡Así que no dispondría ni de un solo hongo para minar el río por la parte del Barón Nashor y pro-

tegerme del ocasional ataque de un Warwick enemigo, el pesado de Nunu o las otras 133 combinaciones posibles!

A los quince segundos, abandonamos la fuente. El Karthus fue a mid, Annie hizo de support en bot, un Amumu que no podía parar de llover se ocupó de la jungla y una Ashe que se quedó petrificada en la fuente tendría que haber hecho de adc, junto a Annie, en bot. Pero, ¡ah!, ¡sorpresa! AFK. ¿Sabes cuál es la probabilidad de tener a un tipo que nunca se presente en tu partida?, ¿un AFK? Del 0,06 %... ¡Maldita sea mi suerte!

A mí me tocaba ir a top, la calle más larga y en la que es más fácil morir si el humano empuja demasiado la línea de esbirros.

Pero pronto descubrí que el tipo que me controlaba no tendría suficiente con eso. Yo era del equipo azul, así que después de equiparme con una Espada de Doran y una Poción

de vida —¿Teemo AD?—, me hizo abandonar la base por la calle central. Pasé por donde luego saldrían los dos lobos renacuajos y el grandullón; me metí por la zona de detrás del Coloso Celeste e invadí su buff rojo. Aprovechando la invisibilidad que me daba la pasiva, el tipo me colocó sobre el arbusto y esperó a que viniera el jungla enemigo. ¡Hay que ser...!

Aunque debo admitir que la jugada le salió bien. Llegué justo antes de que un Shaco me viera. Esperé a que acabara con el Ancestro ígneo y, cuando su vida no podía resentirse más, salí de la invisibilidad y le fundí a autoataques tóxicos por la retaguardia. Porque setas no habría recogido, pero tenía suficiente veneno de la jungla de Kumungu para intoxicar a toda la jungla de la Grieta.

Aquello hizo que el humano que me controlaba se viniera más arriba todavía. Ya me había dado cuenta de que no iba a estar satisfecho hasta que me mataran. Por eso no me extrañó demasiado que, acto seguido, me hiciese rodear la pared de los Krugs y apareciera por la espalda de mi enemigo en top: un Rengar

que me sacaba un nivel y que, como tooodo el mundo que juega a League of Legends sabe, cuerpo a cuerpo era mejor que yo incluso 5 niveles por debajo. De nuevo, me vi obligado a zurrarle con mis autoataques tóxicos. Rengar respondió con sus garras y los esbirros hicieron lo propio con las varitas y las mazas de pinchos.

Mi vida empezó a bajar a toda leche. Tenía unos 300 puntos cuando el humano reconoció el error estratégico y echó a correr hacia la Torre aliada. Los esbirros me bloquearon el paso todo lo que pudieron. Para cuando llegué a la mitad, me quedaban 150. Usé la Poción de vida, pero la barra verde siguió bajando. 134, después 115 puntos, 87...

Justo en ese momento ocurrió lo peor que podía pasarme: el Rengar enemigo lanzó el Prender que me sentenciaría irremediablemente a morir. Aun así, el imbécil de mi humano todavía tuvo tiempo para tirar Destello y hacer spam de mi ridícula risa mientras ardía. 69, 51, 33, 15...

Mientras esto pasaba, el humano que con-

trolaba a Rengar malgastó también su Destello y empezó a descojonarse de mí en el centro de la calle. Cerré los ojos y pensé de nuevo en ese mundo donde la Grieta del Invocador era una ciudad más. La jungla rebosaría de casas en lo alto de los árboles. En Navidad, el Barón Nashor vendería dulces de chocolate. El mercader tallaría piedras preciosas para decorar los objetos de su tienda junto a la fuente. Yo fabricaría ovillos para los Rengars y cocinaría setas para los Amumus lloricas. Conté hasta cinco, aunque en realidad solo me quedaba un segundo para morir. Uno, dos, tres, cuatro...

Pero ¿por qué no moría ya?

Al abrir los ojos me di cuenta de que toda la acción de la Grieta se había detenido. ¿Era lag...? Continuaba a 15 puntos de vida y, aunque ardía por el Prender del campeón enemigo, las llamas no se querían mover. Rengar no dejaba de reír, pero entre sus puntiagudos dientes no se oía una sonora carcajada, sino más bien una nota molesta e invariable,

como la de un disco rayado. De reojo vi que Karthus acababa de morir, pero su pasiva le mantuvo con vida durante unos segundos. De Amumu no supe nada. Parecía perdido por la jungla. Annie ya se las había apañado para matar al adc enemigo, aunque se encontraba en una situación de dos contra uno. ¿Cómo era posible?

Toda la Grieta del Invocador empezó a temblar. Un rayo de luz me atrapó y me suspendió en el aire. ¿Era aquello lo que se sentía al morir? Porque se parecía sospechosamente a cuando el servidor te succ... Espera... ¡Qué demonios!

Y, entonces, las calles, el río y los monstruitos de la jungla desaparecieron. Y así, sin más, el servidor me escupió de nuevo a los campos de cultivo. ¡El maldito servidor se había caído! ¡Lo que significaba que mi nombre iba a desaparecer de la lista negra de la que se sortean los campeones de cada partida! No me lo podía creer. Estaba eufórico. Aquello me convertiría en poco menos que un ser inmortal... ¡en una anomalía informática navegando por Ciudad

de Bandle eternamente! *Arrivederci*, Grieta del Invocador, Bosque Retorcido y Abismo de los Lamentos. ¡La Cúpula de Programación se había quedado sin formas de matarme!

—¡Chúpate esa, League of Legends! —grité al cielo.